



¿De qué manera los elementos fundamentales de la Espiritualidad Ignaciana inciden en el desarrollo de la Inteligencia Espiritual de los integrantes de la Comunidad Juventud Amigoniana del Colegio São Francisco de Caçapava?

Estudiante:

Jhoana Andrea Cifuentes Gómez

Trabajo de grado para optar por el título de Magíster en Teología

Asesor:

Dr. Juan Esteban Santamaría Rodríguez

Universidad Santo Tomás
División De Filosofía Y Teología
Facultad De Teología

Bogotá

2026

NOTA DE ACEPTACIÓN

Firma del presidente del jurado

Firma del jurado

Firma del presidente del jurado

Bogotá, 9 de febrero de 2026

Dedicatoria

Este artículo es dedicado a Aquel que es la luz, el camino, la verdad y la vida. Jesús de Nazareth. Los jóvenes que he acompañado humana y espiritualmente en las comunidades juveniles. Mis Maestras, formadoras y acompañantes espirituales que me han mostrado la presencia de Dios en mi vida y la forma de darlo a conocer a niños y jóvenes.

Agradecimientos

Agradezco a la Universidad Santo Tomas y al Maestro Juan Esteban Santamaría Rodríguez, quién con su dedicación y exigencia acompaño mi camino de investigación con nuevas propuestas y orientaciones sabias.

Advertencia de la Universidad:

La Universidad no es responsable por los conceptos expresados en el presente trabajo.

Tabla de contenido

1. Descripción, delimitación y formulación del problema.....	7
1.1. Problematicación.....	7
1.2. Justificación	10
1.3. Objetivos.....	10
1.4. Sistema metodológico.....	10
1.5. Perspectiva epistemológica.....	11
1.6. Tipo de investigación.....	12
2. Marco teórico.....	13
2.1. Espiritualidad ignaciana.....	14
2.1.1. Principio y fundamento (EE 23).....	17
2.1.2. Pausa ignaciana (EE 32-43)	18
2.1.3. Sentir y gustar de las cosas internamente (EE 2)	19
2.1.4. Salvar la proposición del prójimo (EE 22).....	19
2.1.5. Cura personalis (EE 1-20).....	20
2.1.6. Discernimiento (EE 32).....	22
2.2. Inteligencia espiritual.....	24
2.3. Comunidad juvenil y pedagogía amigoniana	30
3. Conclusión	39
4. Referencias bibliográficas.....	40

1. Descripción, delimitación y formulación del problema

1.1 Problematicación

A lo largo de los años, diversas congregaciones religiosas han consolidado, en sus instituciones educativas, un espacio formativo para promover el desarrollo integral de los estudiantes, ofreciendo variadas experiencias religiosas y espirituales. En respuesta a las necesidades de formar y educar líderes propios del carisma dentro del ámbito estudiantil surgieron distintas pastorales orientadas a acompañar la vida espiritual de la institución. Entre ellas emergen las comunidades juveniles, concebidas como una escuela de vida para adolescentes y jóvenes que sienten un llamado de Dios para seguir más de cerca las enseñanzas de Jesucristo desde el carisma Amigoniano propio del colegio San Francisco de Asís. Estas comunidades juveniles desarrollan múltiples caminos para mantener viva la dimensión espiritual y, en consecuencia, fortalecer las habilidades de liderazgo. Sin embargo, frente a la realidad contemporánea, surgen importantes desafíos para realizar un acompañamiento espiritual y vocacional sólido. La Organización Mundial de la Salud (2025), señala que aproximadamente uno de cada siete jóvenes de 10 a 19 años presenta trastornos mentales (incluyendo ansiedad y depresión) tanto así que los jóvenes se encuentran inmersos en crisis de sentido, sobreinformación, presión social y problemáticas de salud mental como la ansiedad, las adicciones y la soledad factores que dificultan su capacidad para orientarse existencialmente. Ante este panorama, se hace urgente ofrecer procesos de acompañamiento espiritual que brinden bases firmes para orientar sus búsquedas personales a partir del grupo base de la comunidad juvenil amigoniana.

El concepto de inteligencia espiritual (Zohar y Marshall, 2001; Wolman, 2001) reconoce en el ser humano una capacidad innata para buscar el sentido de la vida, contemplar su existencia en medio de diversas situaciones y dificultades, y tomar decisiones orientadas por valores y fines superiores. Este proceso requiere acompañamiento y el acceso a herramientas que posibiliten la construcción espiritual y humana a partir de las vivencias que los jóvenes experimentan.

En años recientes han surgido propuestas pastorales para fortalecer los espacios de acompañamiento espiritual en la comunidad juvenil amigoniana, retomando los principios de la pedagogía amigoniana, especialmente la prevención, la cercanía educativa y el acompañamiento integral del joven (Zuluaga Mesa, 2020).). La Comunidad Juvenil Amigoniana (JUVAM) busca ofrecer no solo formación carismática, sino auténticas experiencias de encuentro, apoyo y crecimiento humano, espiritual y social, con el propósito de afianzar la espiritualidad como una dimensión constitutiva de la existencia humana. Para avanzar en este propósito se requieren elementos que permitan facilitar no solo experiencias significativas, sino también el desarrollo de la inteligencia espiritual mediante herramientas espirituales en diálogo con la espiritualidad ignaciana. La comunidad juvenil cuenta con adolescentes entre los 12 y 16 años, estos jóvenes después de un proceso de sensibilización en la institución educativa deciden libremente entrar a la comunidad y aprender el proceso formativo para ser líderes en la sociedad y en su contexto. El proceso formativo es propio de la pedagogía Amigoniana y su objetivo es formar estudiantes y líderes desde un enfoque integrativo.

Los jóvenes se encuentran en una constante búsqueda de sentido y fe. Las redes sociales y la cultura digital, lejos de orientarles, suelen dejarles sin una ruta sólida para cultivar una experiencia trascendental tanto individual como comunitaria. Por ello es urgente acompañar esta etapa vital y los vacíos que pueden surgir en ella, especialmente los jóvenes que desean vivir un proceso espiritual coherente y profundo.

Los adolescentes acompañados en la Juventud Amigoniana del Colegio San Francisco de Asís se caracterizan por vivir una etapa de construcción de identidad marcada por desafíos emocionales, espirituales y sociales propios del contexto juvenil contemporáneo. Se trata de jóvenes que se encuentran en búsqueda constante de sentido, pertenencia y reconocimiento, en medio de una realidad influenciada por la inmediatez digital, la fragilidad en los vínculos interpersonales y las múltiples presiones académicas y sociales. En el contexto escolar, muchos de estos adolescentes manifiestan necesidades de acompañamiento relacionadas con el fortalecimiento de la autoestima, la comunicación asertiva, el manejo de emociones, la toma de decisiones y la construcción de un proyecto de vida con sentido trascendente.

En este contexto, resulta pertinente identificar los diversos elementos espirituales y humanos que integren auténticas experiencias de conversión, acompañamiento y a la vez permita desarrollar la inteligencia espiritual. Con lo cual, para dar respuesta a esta necesidad identificada, la pregunta central que orienta esta investigación es: **¿De qué manera los elementos fundamentales de la Espiritualidad Ignaciana inciden en el desarrollo de la Inteligencia Espiritual de los integrantes de la Comunidad Juventud Amigoniana del Colegio San Francisco de Caçapava?**

1.2 Justificación

Este artículo fortalece la misión institucional de generar conocimiento crítico, teológico y experiencial a partir de la teología y las ciencias humanas contribuyendo al dialogo de fe, cultura y educación. Además, aporta a la proyección social universitaria al vincular esta institución educativa en los procesos de investigación y reflexión académica de la Universidad Santo Tomas, visibilizando su presencia internacional.

Por otro lado, este artículo es de importancia para la Maestría en Teología porque articula la formación teológica con realidades concretas, en este caso la experiencia de los adolescentes en contextos escolares y específicamente en una comunidad juvenil. Ofrece un aporte práctico mostrando como la espiritualidad y la teología inciden en la vida cotidiana y en la construcción de proyectos educativos a partir de una propuesta de evangelización en el colegio San Francisco de Caçapava. Lo anterior se convierte en una propuesta académica y reflexiva que aclara elementos importantes del diálogo entre diversas espiritualidades para fortalecer la identidad de la comunidad juvenil desde elementos profundos espirituales. Además, se buscan diversos elementos teológicos que pueden fortalecer la formación integral, el sentido fraternidad , habilidades sociales y la prevención de problemáticas juveniles.

Para las comunidades juveniles amigonianas, esta investigación se torna importante porque ayuda a reconocer su dimensión espiritual como parte esencial de su formación integral y especialmente en la etapa de la adolescencia. Por otro lado, las comunidades amigonianas propias de esta misma espiritualidad son elementos constitutivos en la identidad y evangelización. En esta etapa de formación se hace necesario tener bases sólidas de acompañamiento basado en el discernimiento y la capacidad de desarrollar la inteligencia espiritual en sus vidas.

Desde la visión de la investigadora, esta investigación es un ejercicio reflexivo basado

en la experiencia y en las necesidades propias del trabajo con adolescentes en las instituciones educativas. Además, permite profundizar en el campo de interés teológico y pedagógico, pues la experiencia de trabajo en el Brasil se consolida con los años de experiencia y aprendizaje en esta área, construyendo no solo un trabajo reflexivo sino un trabajo significativo que une vocación pedagógica, pastoral y espiritual.

Finalmente, para la Universidad Santo Tomás y, especialmente, para la Maestría en Teología, permite dar una rigurosidad y solidez a las exigencias y necesidades actuales desde diversidad de enfoques. En este caso desde un diálogo entre espiritualidades, contextos similares y propuestas de acompañamiento desde la espiritualidad ignaciana. Por otro lado, la pedagogía amigoniana necesita replantearse la forma de acompañar a las nuevas generaciones, ligada a una propuesta sólida desde la oración, el discernimiento y el acompañamiento. El diálogo entre espiritualidad ignaciana y pedagogía amigoniana ofrece elementos para ayudar a los jóvenes en sus búsquedas y urgencias existenciales.

La espiritualidad ignaciana tiene una trayectoria histórica que ha buscado dar explicaciones para el sentido de vida, el discernimiento, la experiencia de oración y contemplación. Todo esto para acompañar a las personas en sus decisiones e incluso en las opciones de su proyecto de vida. De esta forma, con elementos propios de la pedagogía amigoniana, se quieren generar recursos prácticos para potenciar la inteligencia espiritual en los jóvenes JUVAM.

1.3 Objetivos de la investigación:

Objetivo general: Descubrir los aportes de la espiritualidad ignaciana que generan desarrollo de la inteligencia espiritual de la comunidad Juventud Amigoniana del colegio San Francisco de Caçapava

Objetivos específicos:

- Identificar los elementos de la espiritualidad ignaciana que resultan relevantes en los jóvenes de la comunidad Juventud Amigoniana del colegio San Francisco de Asís de Caçapava.
- Describir los factores que integran la inteligencia espiritual de la comunidad juventud Amigoniana del colegio San Francisco de Asís de Caçapava.
- Establecer criterios orientativos para la práctica de la espiritualidad en la comunidad Juventud Amigoniana del Colegio San Francisco de Asís.

1.4 Sistema metodológico

La investigación se realiza a partir del paradigma cualitativo, el cual busca comprender los fenómenos dentro de su contexto usual. Se basa en las descripciones detalladas de situaciones, eventos, personas, interacciones, comportamientos observados, documentos, y demás fuentes que persigan el fin de pretender no generalizar los resultados (Ruetti, C, 2010). Posturas extremas del enfoque sostienen que no existe una realidad externa al observador, sino que ésta se la construye mediante el intercambio lingüístico de los individuos que la conforman (Maturana, 1992 citado por Cuenya Ruetti, 2010).

“La hermeneútica se constituye como un elemento esencial en la labor investigativa a la luz de la implicación vital de quien la realiza. Asume una triple dinámica, texto, contexto y pretexto porque a la tarea de la interpretación es necesaria una apropiación de la realidad”. (Pérez, 2019, p.28). Por tanto, la investigación buscando integrar de forma coherente un todo, superando el plano descriptivo y valorativo exige un método riguroso que analice los valores del fenómeno en estudio. Es por lo anterior que se estudiará el fenómeno espiritual de los estudiantes de noveno a partir de una hermeneútica teológica.

1.1 Perspectiva epistemológica

“El método trascendental está constituido por una especie de movimiento pendular. Los dos momentos extremos son la reducción y la deducción. El momento reductivo consiste en aclarar los datos de la conciencia a partir de aquello que se ha presentado, inmediatamente, indicando sus implicaciones trascendentales a priori, los presupuestos anteriores al acto de conocer” (Baena, 2007, p. 61). Es por lo anterior que la investigación sobre la articulación de la inteligencia espiritual y los elementos propios de la espiritualidad ignaciana en el contexto educativo de una forma particular la escuela amigoniana tiene su fundamento a partir de este método de Karl Rahner en el cual tiene una profunda relevancia la experiencia humana a partir de la relación de Dios y el hombre.

Rahner reconoce que una relación entre fe cristiana y experiencia humana, la cual se construye a través de un dialogo permanente a partir de las ciencias humanas (Baena, 2007). Dentro de las características del método rahneriano, la antropología trascendental parte de una experiencia humana como inicio de trascendencia, pues se abre a algo más allá de sí

mismo. Es allí donde se reconoce la presencia de Dios en cada persona.

La autocomunicación divina, parte de la afirmación de que Dios no es imposible de alcanzar, pues se revela de manera constante al ser humano. Desde la investigación, por tanto, se quiere identificar la comunicación divina a través de la experiencia humana, a través de realidades como la historia, la naturaleza y especialmente Jesucristo. “Dialéctica entre Naturaleza y Gracia; Para Rahner, la naturaleza humana y la gracia divina no están enfrentadas, sino que se complementan”. Rahner, 1978. Es por lo anterior que existe una armonía dinámica y constitutiva que se implican mutuamente, gracia y naturaleza donde el ser humano es sostenido por la gracia que viene de Dios.

Por último, el método de Rahner tiene como característica la historicidad de la fe un elemento de suma importancia que reconoce la realidad desde una dinámica constante de cambios y desafíos donde la teología debe dar razón y establecer un dialogo con los nuevos desafíos, preguntas que se plantea la cultura actual.

El ser humano en su dimensión histórica de la fe y espiritualidad se mantiene en búsqueda y eso permite que la investigación de respuestas sólidas a un sinnúmero de preguntas que surgen en el contexto actual especialmente búsquedas de tipo existencial y espiritual, pues se necesitan de respuestas sólidas y con sentido.

Desde los diferentes ámbitos de la reflexión teológica el método rahneriano es aplicado desde la teología fundamental para comprender como Dios se comunica con el ser humano desde su experiencia religiosa y la revelación divina a partir de la historia y la cultura. En la investigación propuesta se pretende por tanto aplicar este método y analizar el fenómeno espiritual y educativo desde la experiencia espiritual ignaciana y a la vez fortalecer la inteligencia espiritual desde esa dinámica de revelación y de libertad propia de los adolescentes. Los movimientos espirituales que se generan en la vida del ser humano en sus diferentes etapas de vida van unidos a una experiencia trascendental sobre Dios. Por lo tanto, experiencia y conocimiento generan procesos de inteligencia espiritual concretos en la etapa de la adolescencia en la persona. El adolescente vive, experimenta y percibe lo prepara para una vida de trascendencia donde acontece el misterio.

1.2 Tipo de investigación

La narrativa, como alternativa de investigación en las ciencias sociales, es una plataforma en la que se exterioriza el conocimiento de los sujetos, quienes se comprenden interpretándose y se interpretan al narrarse (Pérez, 2022). Por tanto, esta investigación asumirá un carácter narrativo para comprender la experiencia personal y, como afirma Pérez (2022), construir un saber social a partir del sujeto. En este caso, se comprende la experiencia espiritual desde un ejercicio narrativo que transita de sí mismo al otro, generando un doble movimiento de sentido: interioridad del sujeto y contexto.

Clandinin (2007) señala que “la investigación narrativa como metodología implica una visión del fenómeno. Usar la metodología de investigación narrativa es adoptar una óptica narrativa particular que ve a la experiencia como el fenómeno bajo estudio” (p. 479). La experiencia en el aula permite visibilizar la realidad de los estudiantes a partir de sus narraciones y de la manera como asumen sus procesos espirituales, incluidos aquellos que emergen de las crisis existenciales propias de la adolescencia.

La sistematización de las experiencias de fe y de los principios religiosos puede lograrse mediante narrativas personales y colectivas que se convierten en fuente de conocimiento para la apropiación y el despertar de experiencias espirituales. Si bien el proceso espiritual es diverso, su interpretación y abordaje permiten generar hallazgos que ofrecen caminos de ayuda y crecimiento espiritual para otros contextos y para adolescentes que viven búsquedas similares y atraviesan las mismas crisis existenciales.

Con la propuesta realizada anteriormente se describen los presupuestos y la base sólida para presentar la dinámica investigativa en este apartado. Partiendo de objetivos claros y necesidades identificadas que se convierten en la dirección de cada una de las herramientas

espirituales y humanas que fortalecen no solo las capacidades de los jóvenes sino permite realizar una reflexión propicia para comprender sus dinámicas espirituales desde la teología.

frente a la realidad del mundo y la forma correcta de interpretar los comportamientos espirituales y humanos

2. Marco teórico

La experiencia religiosa y espiritual se vive de manera distinta según la etapa evolutiva del ser humano y las necesidades que emergen a lo largo de su vida. Según Papalia, Duskin y Martorell (2012), “la adolescencia constituye un período de búsqueda de identidad, autonomía y consolidación del pensamiento abstracto” (p. 365). En este sentido, se busca generar una reflexión sobre el acompañamiento que requiere la persona en esta etapa vital, a partir de las herramientas que ofrece la espiritualidad ignaciana y de las formas concretas en que una comunidad puede potenciar la inteligencia espiritual en adolescentes que libremente optan por recibir dicho acompañamiento.

Un principio fundamental que sustenta la experiencia espiritual y posibilita procesos integrales en la vida humana es la libertad interior, entendida como la capacidad de la persona para abrirse a un deseo profundo de seguir a Jesucristo y orientar su existencia desde esa

búsqueda. A partir de lo anterior, se plantean tres categorías de abordaje teórico: la espiritualidad ignaciana como itinerario formativo, la inteligencia espiritual como finalidad del proceso, y la juventud amigoniana (JUVAM) como el contexto específico en el que se desarrolla el crecimiento humano y espiritual de los jóvenes.

2.1 Espiritualidad ignaciana

La espiritualidad ignaciana surge dentro de la tradición espiritual cristiana a partir de la experiencia personal de Ignacio de Loyola (1491–1556), fundador de la Compañía de Jesús. Uno de sus aportes más significativos a lo largo de los siglos son los Ejercicios Espirituales, una propuesta sistemática orientada a favorecer el encuentro con Cristo y a promover procesos de conversión conforme a la experiencia de salvación que cada persona descubre en su propio itinerario interior.

Esta espiritualidad no se reduce a prácticas devocionales o simplemente métodos de oración, presenta una propuesta teológica orientada a ordenar la existencia humana hacia la búsqueda y cumplimiento de la voluntad de Dios a través del discernimiento y la libertad interior.

Una experiencia de interioridad y libertad son virtudes que se cultivan mediante un dinamismo activo de contemplación, oración y servicio. Desde esta perspectiva, Dios está presente en todas las cosas, y corresponde al creyente aprender a reconocerlo a través del discernimiento, el examen de conciencia y espacios de silencio que interpelan tanto la dimensión espiritual como la existencia humana. Se trata, por tanto, de una espiritualidad encarnada, que integra lo personal y lo comunitario.

San Ignacio de Loyola afirma, en los Ejercicios Espirituales, que el principio y fundamento del ser humano es ser “criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su alma” (EE 23). Este es un itinerario espiritual y de discernimiento en el que la persona está llamada a redescubrir el fin para el cual ha sido creada, así como los caminos que pueden alejarla de ese propósito.

El encuentro con Cristo constituye una búsqueda que se nutre de la experiencia personal de oración, la cual posibilita un encuentro auténtico mediante el silencio, la meditación y la contemplación. Encontrar a Dios en la vida cotidiana es un ejercicio continuo de contemplación que implica reconocer su presencia en las experiencias, en el trabajo, en las relaciones y en todo el existir diario. Esta actitud permite unificar lo divino y lo humano, reconociendo que Dios deja huellas en la historia de cada persona y que la respuesta adecuada del creyente es la contemplación agradecida.

El discernimiento espiritual, propio de la libertad interior y eje de la espiritualidad ignaciana, consiste en la capacidad de identificar la voluntad de Dios a partir de la atención a los movimientos internos del alma, en los cuales interactúan el buen espíritu y el mal espíritu, como bien lo menciona el numeral 32: “Presupongo ser tres pensamientos en mí, es a saber: uno propio mío, el cual sale de mi mera libertad y querer; y otros dos que vienen de fuera, el uno que viene del buen espíritu y el otro del malo” (EE 32). Este ejercicio espiritual de identificar, discernir y conocer las acciones internas del corazón necesita de un camino sólido capaz revestir al joven de su verdad y las exigencias de una vida espiritual integrada a la vida y por ende de una alta inteligencia espiritual.

En este ejercicio de discernimiento existe el *magis* (“más”, “mayor”) y su formulación latina *Ad maiorem Dei gloriam* (“Para mayor gloria de Dios”), la cual expresa la orientación fundamental del camino ignaciano: buscar siempre el mayor bien posible en cada acción, como respuesta espiritual que promueve la santidad y la excelencia en las tareas ordinarias de la vida. Si bien es cierto que esta expresión no es explícita en el libro de los Ejercicios Espirituales, intrínsecamente hace parte de las elecciones y la oportunidad de elegir siempre el bien mayor como parte del itinerario espiritual.

Por otro lado, la espiritualidad ignaciana se convierte en una experiencia marcada por la disciplina interior, el discernimiento y el deseo de buscar y hallar a Dios en todas las cosas, tal como lo proponen los Ejercicios Espirituales (EE). En ellos, san Ignacio orienta a la persona a un proceso de revisión ordenada de la propia vida, que posibilita descubrir y vivir desde la trascendencia, es decir, reconocer el sentido pleno de la existencia a la luz de la voluntad de Dios (EE, nn. 1–23). Se genera por parte de la persona el deseo de descubrir el sentido pleno de la existencia. Sentido que es construcción con matices acompañados de la propuesta evangelizadora de construir y vivir el Reino de Dios. Esta construcción se sostiene en la categoría de relación, que implica comunión consigo mismo, con Dios, con los otros y con la creación, pues solo existe armonía en la medida que la persona logra tener dominio de sí misma y ver la vida desde la perspectiva de Cristo. En los Ejercicios Espirituales, esta armonía relacional se alcanza mediante el ordenamiento de los afectos (EE, n. 21) y el ejercicio de la libertad interior, que permite a la persona disponerse para “en todo amar y servir” (EE, n. 233).

Desde esta perspectiva, la espiritualidad ignaciana ofrece no solo una visión trascendente, sino también una práctica concreta para el cuidado y el crecimiento de la vida espiritual, especialmente en etapas de desarrollo como la adolescencia. Es por lo anterior que abordar la espiritualidad ignaciana desde una propuesta formativa con jóvenes, constituye un acercamiento integral para el desarrollo de la inteligencia espiritual en acciones concretas de la vida.

Un aspecto relevante de la espiritualidad ignaciana es el camino que propone para el encuentro con Cristo desde un seguimiento que invita a la práctica de la humildad, conociendo la vida pública de Jesús, la cruz como criterio de discernimiento, la elección y discernimiento como estado y misión de vida. Por otro lado, los ejercicios espirituales permiten crecer en la contemplación del Reino, los criterios de discernimiento que no solo son introspectivos, sino también orientados a decisiones concretas en tiempos y modos de elección, hacen de este itinerario una posibilidad de integración de la persona. Así es como la espiritualidad permite hacer énfasis en las relaciones que se tienen con los otros y las virtudes que se descubren para vivir una misión desde la fe en Cristo.

La indiferencia ignaciana se constituye como un elemento integrador y final propio del seguimiento de Jesús. En él se genera libertad afectiva y madura que le permite al seguidor vivir al estilo de Jesucristo sin importar las condiciones contextuales. Es decir, la disposición interior que permite no estar atados a nada creado, de tal forma que se pueda elegir libremente, así el trabajo, la escuela, los amigos no pueden ser impedimento para estar al servicio de Dios y vivir plenamente el amor o la exigencia que pide el evangelio.

Por otro lado, un ejercicio culmen de los ejercicios es la contemplación para alcanzar (EE 230-237). Es aquí donde la persona logra dar y recibir amor, de quien recibe, agradece y ofrece, un ejercicio espiritual que potencia la inteligencia espiritual desde la práctica y la gratitud.

En los siguientes apartados se presentan elementos propios de la espiritualidad, y a la vez, de la experiencia ignaciana, principios que se convierten en acciones cotidianas y que potencian la inteligencia espiritual. Entre tanto, la espiritualidad ignaciana puede aportar al desarrollo de la inteligencia espiritual al centrar el proceso de acompañamiento en una experiencia interior consciente que traspasa barreras de simplemente conocimiento. Al

respecto, ya San Ignacio expresó: “No el mucho saber harta y satisface al alma, más el sentir y gustar de las cosas internamente” (EE 2).

Es por lo anterior que el itinerario de espiritualidad ignaciana presenta los siguientes elementos esenciales.

- Principio y fundamento (EE n.23): El ser humano ha sido creado para alabar, reverenciar y servir a Dios.
- Indiferencia Ignaciana (EE n.23): Permite vivir el desapego de las cosas creadas y de los apegos desordenados.
- Interioridad y pausa orante (EE n.32-43): Espacio para vivir el silencio y prestar atención a los movimientos internos.
- Conocimiento Interno de Dios (EE n.2): Experiencia viva y personal de Dios.
- Relacionalidad evangélica (Salvar la proposición del prójimo (EE n.22): Cuidar y respetar al otro.
- Cura Personalis (EE n.54): Valoriza el acompañamiento personalizado.
- Discernimiento de Espíritus (EE n.32-39): Elecciones de acuerdo con la voluntad de Dios.
- Magis Ignaciano (EE n 23): Búsqueda permanente de dar gloria a Dios.

2.1.1 Principio y fundamento (EE 23)

San Ignacio de Loyola afirma: El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre y para que le ayuden en la prosecución del fin para qué es criado. De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas, cuanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse de ellas, cuanto para ello le impiden. Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío (EE 23).

La esencia del ser humano consiste en reconocer el fin primero y último para el cual ha sido creado, de modo que no se extravíe en la búsqueda de objetivos secundarios que puedan desviar su existencia. Esto implica una conciencia plena de su dimensión espiritual, cuyo sentido es alabar, glorificar y servir a Dios. Todo adquiere significado en la medida en

que la persona busca ser fiel a esta identidad divina que la habita desde el origen y la acompaña hasta el final de su vida terrena.

“El ser humano solamente comprende plenamente su existencia cuando se reconoce abierto al Misterio absoluto que llamamos Dios” (Rahner, 1979). Esta afirmación supone elegir y actuar conforme al fin de la existencia, dejando de lado aquello que promueve la superficialidad y la adhesión desordenada a bienes meramente temporales. Se trata de una apuesta radical por la identidad espiritual que el ser humano posee desde su creación, esto implica no perder el sentido primero de la creación, recordar permanente el fin y objetivo último de la existencia que parte de volver, vivir y estar en Dios, quien ha creado todo cuanto existe. En las diversas etapas de la vida se generan objetivos, sueños y experiencias que permitan a la persona sufrir, alegrarse y descubrirse un ser en proceso para vivir cada situación y realidad sin dejar de lado que su fin último u objetivo es servir y reverenciar a Dios como lo menciona Ignacio en su propuesta de ejercicios ignacianos, pues su deseo siempre debe ser encontrar la voluntad de Dios.

2.1.2 Pausa ignaciana (EE 32-43)

El silencio, la atención plena y la reflexión personal sobre las acciones y pensamientos que se experimentan en un momento determinado permiten profundizar en el grado de conciencia espiritual que puede desarrollarse mediante una pausa interior. San Ignacio insiste en la importancia de estar atentos a los movimientos internos del corazón para discernir lo que proviene de Dios y lo que no, y este ejercicio se facilita mediante momentos de pausa reflexiva (EE 32–43).

Su base antropológica y teológica radica en el ser humano como imagen de Cristo (Gn 1,26-27; Col 1,15). Una experiencia que se cultiva desde el silencio y el autoconocimiento de la presencia divina, recordar la esencia de si mismo por el cual ha sido creado y a la vez las virtudes que le asemejan a cristo. Reconocer la presencia de Dios exige detenerse, mirar nuevamente el interior y examinar si el propósito de servir, alabar y glorificar a Dios es consciente y se manifiesta en las acciones y pensamientos cotidianos. Solo desde este silencio se va configurando una espiritualidad práctica y contemplativa. A partir de esta pausa comienza el proceso de discernimiento de espíritus, mediante el cual la persona busca identificar qué proviene de Dios y qué constituye la acción del mal espíritu. Este proceso requiere una creciente conciencia espiritual, un discernimiento constante y una relación profunda con Dios.

2.1.3 Sentir y gustar de las cosas internamente (EE 2)

“No el mucho saber harta y satisface el alma, sino el sentir y gustar de las cosas internamente” (EE 2). En la espiritualidad ignaciana, la palabra ‘conocer’ implica ese “sentir y gustar internamente” las cosas de Dios. La experiencia de Dios es más que un contenido teórico; constituye una vivencia afectiva que compromete todo el ser, moviliza los sentimientos y orienta la existencia hacia la construcción del Reino. Este conocimiento integral involucra la mente, el corazón y la voluntad. Solo en la medida en que se establece una relación afectiva con el Señor pueden darse verdaderos procesos de conversión. Tanto así que San Ignacio no pretende formar teólogos especulativos, sino guiar a las personas hacia una experiencia viva y personal de Dios”. (Rahner, H., 2001, p. 37). En este caso se pretende que los jóvenes logren adquirir esta experiencia viva de Dios, la cual se convierte en el potencial de su inteligencia espiritual.

En cuanto a su fundamentación teológica se ancla a la tradición bíblica de la sabiduría sapiencial (Sal 34,9: "Gustad y ved qué bueno es el Señor"; Sal 119,103) y la encarnación de Cristo, donde los sentidos humanos (ver, oír, tocar) facilitan la divinización y el discernimiento del Espíritu (Jn 1,14; 1 Jn 1,1).

Por otro lado, Villegas afirma que “conocer y conocimiento aparecen 32 veces; pocos términos tienen tanto calado en la espiritualidad ignaciana como el de conocimiento interno. Se refiere a ‘sentirse’ otro Cristo u otra María” (Villegas, 2021, p. 56). Así entendido, conocer implica relación e identidad: es un querer configurarse con Cristo o con María. Desde ese conocimiento profundo se vive una existencia cristiana con mayor hondura espiritual. En palabras del mismo autor, el llamado es a “sentirse semejanza en la tierra de la Relación” (Villegas, 2013, p. 58). Tal dinámica espiritual está asociada al ejercicio de sentir, porque cuanto más crece el conocimiento interno del Señor, más se fortalece el amor y, por ende, el seguimiento, hasta llegar a ser “otro Jesús” u “otra María”.

2.1.4 Salvar la proposición del prójimo (EE 22)

“Se ha de presuponer que todo buen cristiano ha de ser más pronto a salvar la proposición del prójimo que a condenarla; y si no la puede salvar, inquiría cómo la entiende, y si mal la entiende, corríjale con amor, y si no basta, busque todos los medios convenientes para que, bien entendiéndola, se salve” (EE 22).

Teológicamente, se basa en la caridad evangélica como virtud teologal que cubre multitud de pecados (1 P 4,8) y presupone la buena voluntad en el prójimo como imagen de Dios (Gn 1,27), evitando juicios precipitados que contradicen la misericordia divina. Refleja el mandato de no juzgar (Mt 7,1-5) y la corrección fraterna en amor (Mt 18,15-17), estos principios evangélicos son elementos esenciales de la práctica cristiana los cuales se traducen en una vivencia real de la espiritualidad cristiana. El prójimo se convierte así en una mediación concreta para reconocer la presencia de Dios y hacer acontecer el Reino. Este Reino se desarrolla en la relación con el otro, según Villegas (2021), en el encuentro entre un *Yo* y un *Tú*, donde habita Dios y nace el *nosotros*. Esta relación solo es posible cuando la persona ejerce su voluntad y se decide interiormente, pues consiste en que “cada uno preste su cuerpo y su sangre para ser alimento y no tóxico para la relación con sus prójimos, haciendo así real la vivencia del Reino de Dios” (Villegas, 2013, pág. 24).

“Hacerle hábitat al Espíritu Santo” significa establecer relaciones auténticas, de tú a tú, que permitan al Espíritu morar, armonizar y dar vida al Reino en la comunidad. Este ejercicio de hacerse morada espiritual toca la experiencia espiritual y la identidad cristiana, pues ya lo afirmaba Rahner: “El cristiano del futuro será un místico, es decir, una persona que ha experimentado algo, o no será cristiano”. (Rahner, K., 2005, p. 22). Esta experiencia se convierte en una relación auténtica con Cristo y la forma de relacionarse con los otros. Los jóvenes en su etapa de desarrollo presentan cambios mentales, hormonales y sociales, brindar una identidad cristiana sólida es potenciar su inteligencia espiritual, la cual va vinculada explícitamente en su vida cotidiana.

2.1.5 *Cura personalis* (EE 1-20)

Aunque la expresión ‘*Cura personalis*’ no aparece en los escritos de San Ignacio, su fundamento es sólido en los Ejercicios Espirituales y constituye un principio esencial de la espiritualidad ignaciana. Este concepto se centra en la singularidad de cada persona y en la personalización de su proceso espiritual como camino de configuración con Cristo.

El coloquio es una herramienta privilegiada dentro de este proceso. “Es un diálogo orante y personal que el ejercitante establece con Dios, con Cristo, con la Virgen María o con los santos, en el que expresa con libertad los movimientos interiores, deseos, temores y decisiones que emergen durante la experiencia espiritual. Ignacio lo describe como una conversación “como un amigo habla a otro, o un siervo a su señor” (EE, n. 54), Escuchar y dialogar sobre las mociones del buen espíritu y las tretas del mal espíritu se convierte en un ejercicio profundo

del alma que permite identificar el rumbo que toma el espíritu en la vida. Ya bien lo menciona Ignacio “hacer la elección ordenada para mayor gloria de Dios” (EE, n.169). La persona que acompaña debe tener conciencia integral de la experiencia del acompañado y de su proceso de fe en todas sus dimensiones: espiritual, humana, psicológica y social.

Su raíz teológica reside en la pedagogía misericordiosa de Dios, quien conoce y cuida al individuo por su nombre (Sal 139,1-4; Is 43,1), imitando a Cristo Buen Pastor que busca la oveja perdida (Lc 15,4-7) y cura holísticamente cuerpo y alma (Mc 2,1-12). Este cuidado es propio de la experiencia de los discípulos y de quien decide iniciar un proceso de encuentro consigo mismo y a la vez ser acompañado para lograr una sanación interior y así integrarse en sus diversas dimensiones de vida.

El acompañamiento espiritual, por tanto, facilita que la persona se reconozca desde la escucha, la mirada del otro y la orientación, permitiéndole verificar y profundizar su encuentro con Dios. Unido a esto, el discernimiento se vuelve una práctica concreta para aprender a vivir cada situación desde la búsqueda de la voluntad divina, atendiendo a los movimientos y afectos que surgen. Ya en los ejercicios espirituales es una condición propuesta por la espiritualidad: “Los Ejercicios Espirituales constituyen una verdadera escuela del corazón, donde la persona aprende a elegir desde la libertad interior” (Fleming, 2011, p. 45). Aprender a elegir con libertad interior necesita de un proceso transparente de acompañamiento, el cual también requiere de una preparación sólida del acompañante.

El camino espiritual ignaciano reconoce que la vida transcurre entre consolaciones, experiencias de profunda conexión con Dios, paz interior y crecimiento en fe, esperanza y amor y desolaciones, situaciones de alejamiento, turbación o falta de paz interior. La tarea es aprender a interpretar ambos estados desde la fe. “El discernimiento ignaciano no busca una certeza absoluta, sino una fidelidad concreta al Dios que llama en cada situación” (García de Castro, 2014, p. 61). La libertad interior se adquiere en la medida que se interpreta y conoce con autenticidad los movimientos de Dios en la vida personal del joven o incluso en la comunidad juvenil.

La libertad interior constituye una meta central tanto del cristianismo como de la espiritualidad ignaciana. Vivir espiritualmente es un ejercicio constante de búsqueda de libertad en un mundo que tiende a la esclavitud interior. Esta libertad exige un trabajo profundo de verdad, encuentro y sinceridad, que permite reconocer condicionamientos y enfrentar las ataduras espirituales que se han formado a lo largo de la vida.

Si bien el camino espiritual es personal, la cura personalis ofrece un método que el acompañante adapta a la realidad del acompañado. “El coloquio se hace propiamente hablando como un amigo habla a otro, o un siervo a su señor” (EE 54). Rahner afirmaba que

Ignacio no construye un sistema teológico; conduce al alma a una experiencia viva de Dios y en esto radica la diferencia de un conocimiento adquirido. Ya lo menciona Fleming: “El acompañante en los Ejercicios ayuda al ejercitante a reconocer la presencia y la acción de Dios en su experiencia personal” (Fleming, 2011, p. 72).

2.1.6 Discernimiento (EE 32)

Teológicamente, se basa en la acción del Espíritu Santo como guía interior (Jn 16,13; Rm 8,14-16), que mueve el corazón hacia Dios con paz y amor, contrastando con el demonio que turba y dispersa (1 Jn 4,1-6). Esta experiencia de lucha propia del ser humano debe ser abordada desde principios y fundamentos que puedan dar un nombre al proceso interno de la persona, destacando así lo que viene interiormente y la acción, decisión o comportamiento que se desencadena en el ser humano.

“Presupongo ser tres pensamientos en mí, es a saber, uno propio mío, el cual sale de mi mera libertad y querer, y otros dos que vienen de fuera, el uno que viene del buen espíritu y el otro del malo”. (EE 32). El discernimiento es la capacidad espiritual que tiene el ser humano para conocer los movimientos del espíritu y actuar según la voluntad de Dios. San Ignacio reconoce la importancia de aprender a escuchar el buen espíritu que trae las mociones y el mal espíritu quien con sus tretas incita al camino contrario de la voluntad del señor. “El discernimiento es una manera de seguir siendo creyente sin volverse crédulo de abstracciones teóricas que llevan a ensimismamientos”. (Villegas, 2013, p. 45). Para lograr dicho objetivo el creyente debe vivir y realizar los ejercicios espirituales los cuales se convierten en el entrenamiento necesario para vivir e imitar la vida de Cristo y por tanto ser otro Jesús y otra María.

Si bien es cierto que la propuesta de oración y contemplación es exigente en cada uno de los pasos, aquella radica en la capacidad de vivir la contemplación y oración. López Villanueva y Melloni (2023) afirman: “No puede haber contemplación en lo cotidiano ni atención a los dolores secretos de los otros si no rehacemos la mirada con instantes suaves y apacibles, de no hacer, de no calcular, de no aprovechar. Sencillamente siendo, estando; asombrándonos de la maravilla de existir-junto-a-otros” (p. 7). Lograr esta contemplación de lo cotidiano exige un estado de consciencia y gratitud permanente, pues no solo se centra en un momento exacto del día, sino en el permanente trabajo de mirar la realidad con ojos que lleven a la contemplación y la mística de la vida con todas sus experiencias de alegría, felicidad, tristeza, incertidumbre o desesperanza.

Entre tanto un elemento esencial de índole humano y psicológico de la espiritualidad

ignaciana es la capacidad de decidir según Dios. “El discernimiento como estilo de vida requiere que transitemos nuestro camino dejándonos acompañar para poder ir viviendo nuestro viaje como un proceso transformador” (López Villanueva y Melloni, 2023, p. 14).

La conversión y la posibilidad de aprender en cada momento de la vida se genera desde un proceso de autodescubrimiento espiritual y humano.

Una premisa de San Ignacio es el *magis*, que viene del latín y significa “más” o “mayor”. La Universidad de Scranton (2025) describe el *magis* como “un deseo inquieto de excelencia” (The University of Scranton, s.f.), y una disposición profundamente agradecida basada en los dones de Dios. Este concepto es fundamental para descubrir la vocación y para alcanzar el sentido de vida y la finalidad por la cual el ser humano ha sido creado. En el libro de los Ejercicios Espirituales (EE 23), es un elemento esencial estudiado y vivido en la reflexión que hace la persona que inicia su itinerario espiritual. Según Ignacio, “es propio de Dios y de sus ángeles, en sus mociones, dar verdadera alegría y gozo espiritual, quitando toda tristeza y turbación que el enemigo induce” (EE 329). Si bien es cierto que las mociones del alma generan sentimientos y emociones en la vida de los seres humanos, en el caso concreto de los jóvenes, debido a su proceso de desarrollo, existen incertidumbres, búsquedas y decisiones simples de su vida, relaciones con amigos, situaciones escolares y frustraciones que necesitan ser acompañadas desde un contexto espiritual y pedagógico con el fin de potenciar no solo su experiencia espiritual actual sino el desarrollo de su inteligencia espiritual para la vida futura. Dios siempre se comunica y presenta un proyecto para la vida del ser humano. Ese proyecto necesita descubrimiento. Por tanto, el discernimiento es la herramienta para aprender a reconocer en la experiencia concreta, la auto comunicación de Dios (Rahner, K., 2005, p. 41).

En este sentido la espiritualidad ignaciana aporta una metodología concreta que capacita al joven para leer su mundo interior, integrar sentimientos, pensamientos y decisiones que potencializan su libertad interior, conocimiento propio, realidad humana y a la vez potencializa la inteligencia espiritual. Desde esta perspectiva la comunidad juvenil amigoniana JUVAM del colegio San Francisco de Caçapava puede constituir un camino privilegiado que une pedagogía, espiritualidad y experiencia de comunidad a través de herramientas prácticas como interioridad, discernimiento, toma de decisiones responsables y construcción de un proyecto de vida con sentido a partir de procesos conscientes, acompañamiento y escucha espiritual.

2.2 Inteligencia espiritual

El ser humano, en su esencia trascendente, dispone de diversas inteligencias que le permiten comprender el mundo y afrontar sus desafíos, especialmente en el marco laboral y en las competencias de la era contemporánea y tecnológica. Entre estas inteligencias existe una que posibilita asumir la vida con profundidad, mística y apertura al sentido, así como aprender a integrar y soportar el sufrimiento inherente a la existencia: la inteligencia espiritual. Esta potencia la capacidad de la persona para percibir la realidad, amar, relacionarse y descubrirse a sí misma en su vida. En la JUVAM se generan procesos significativos y por ende un fin mayor, no sólo religioso, en la potencialización de esta inteligencia a partir de herramientas claras y metódicas.

La inteligencia espiritual se sostiene desde una perspectiva interdisciplinar que integra aportes de la psicología, la antropología y la espiritualidad, donde el ser humano tiene la capacidad humana de acceder al sentido profundo de la vida, integrar valores, discernir decisiones y orientarse hacia el bien propio y común. Según Torralba (2010), la inteligencia espiritual es innata en el ser humano y constituye una dimensión antropológica universal. Por tanto, requiere ser potenciada en cada etapa vital conforme a las experiencias de dolor, felicidad o plenitud que cada individuo vive. Es por esto por lo que surge la necesidad de acompañar en la etapa de la adolescencia a JUVAM, potenciando aquellos valores espirituales que tienen los jóvenes en esta etapa de su vida.

Es importante señalar que la inteligencia espiritual no es exclusiva de personas religiosas ni está ligada a una confesión particular. Como afirma Torralba, “no hay que ser religioso para tener inteligencia espiritual. Todo ser humano, independientemente de sus creencias, tiene la capacidad de plantearse cuestiones últimas” (2010, p. 17). Es por lo anterior que la comunidad amigoniana está abierta a todo joven de la institución que de alguna u otra forma sienta la necesidad de potencializar su espiritualidad desde la propuesta Amigoniana. En estas etapas juveniles de la vida pueden emerger preguntas existenciales sobre el sentido de la vida, el propósito de la existencia o el significado de determinadas experiencias. Allí se abre un camino de reflexión y crecimiento espiritual en donde estas preguntas permiten trascender la mera supervivencia y superar la visión reducida

del ser humano como ser instintivo. Es allí donde el papel del acompañante de la comunidad amigoniana brinda herramientas prácticas para este proceso de la vida.

Los interrogantes sobre la existencia están estrechamente vinculados con la mente, el corazón y los contextos culturales y familiares que configuran el sentido o vacío de la persona. Es innegable que el ambiente moldea al ser humano según sus realidades y aspiraciones. En este proceso, la inteligencia espiritual y la sensibilidad trascendental permiten pensar y actuar con sentido, pues “esta inteligencia ayuda a mirar más allá de lo inmediato, del placer momentáneo, y a vivir en función de ideales que trascienden lo meramente material” (Torralba, 2010, p. 45). En una cultura marcada por el consumismo y la inmediatez, esta perspectiva permite descubrir en cada logro, relación interpersonal y experiencia de autoconocimiento el valor de la vida y la conciencia de la propia finitud. Ejercicio que hace parte de un proceso de crecimiento espiritual marcado por el sentido y no simplemente el deber, pues los jóvenes por su misma etapa de desarrollo inician búsquedas de su forma concreta de existir.

Es fundamental aclarar que la inteligencia espiritual puede generar un proceso amplio y humano en la formación de jóvenes se generan sentidos y significados de todo cuanto se hace y la razón de tomar buenas decisiones y descubrir la vida desde la trascendencia. La inteligencia espiritual integra otras inteligencias de carácter emocional, interpersonal e intrapersonal dado que “es una inteligencia de segundo orden, da sentido y coherencia al conjunto de nuestras acciones y decisiones” (Torralba, 2010, p. 61).

A lo largo de la historia humana siempre han existido brechas entre lo que se piensa, se dice y se hace. La incoherencia es parte de la condición humana; sin embargo, un desarrollo espiritual sólido puede disminuirla, pues favorece la conciencia personal, el autoconocimiento y una mayor coherencia ética y existencial. Entre tanto conviene aclarar que esta inteligencia se desarrolla a lo largo de toda la vida. No es una meta que se alcanza en un tiempo determinado, sino un camino que exige disciplina y trabajo mediante la contemplación, la lectura, el silencio, la meditación y la experiencia profunda tanto del sufrimiento como de la alegría.

Como sostiene Torralba, “la inteligencia espiritual no se hereda, se educa. Se afina en el silencio, se ejercita en la reflexión y se cultiva en la escucha atenta” (2010, p. 90). Estas prácticas pueden promoverse tanto en el ámbito familiar como en el educativo, a partir de

una conciencia individual y comunitaria que ocurre en JUVAM. Cabe aclarar que la inteligencia espiritual requiere un proceso sólido de educación interior y de ejercicios de introspección que generen espacios de silencio y encuentro personal. Esta inteligencia prepara al ser humano para afrontar los momentos de dolor y felicidad, en un proceso complejo que exige profundidad y conciencia existencial. A través de ella, la persona puede fortalecer su sentido de vida. Este ejercicio concreto se fortalece desde la gratitud, prácticas de perdón y la comprensión del sufrimiento como un sentimiento inherente de la vida.

La inteligencia espiritual está vinculada con la antropología cristiana. Es explícita en documentos eclesiales, y comprende perspectivas interdisciplinarias. “Se entiende que el ser humano posee una dimensión trascendente que le permite orientarse hacia el sentido último de la vida” (Gaudium et Spes, 19–22). Aunque este documento no menciona explícitamente la expresión inteligencia espiritual, sí reconoce una dimensión innata del ser humano que trasciende los aspectos cognitivos propios de la psicología contemporánea.

Desde un enfoque teológico, filosófico y antropológico, esta dimensión constituye una condición inherente al ser humano, en cuanto el deseo de trascendencia forma parte de su estructura más profunda (Melloni, 2009) esa dimensión constituye una condición inherente al ser humano. No obstante, la inteligencia espiritual requiere ser cultivada, desarrollada y puesta en práctica, en tanto constituye una capacidad cognitiva y existencial que permite afrontar cuestiones vitales desde el sentido y el propósito. De este diálogo surge la necesidad de aclarar que la dimensión espiritual está presente en todo ser humano, pero la inteligencia espiritual solo se desarrolla en quienes la cultivan, ejercitan y practican conscientemente.

Howard Gardner, en su teoría de las inteligencias múltiples, reconoce la inteligencia existencial. Es para él:

“la capacidad de situarse a sí mismo con respecto a los extremos del cosmos, el infinito y el infinitesimal, y la capacidad de situarse a sí mismo con respecto a las características existenciales de la condición humana, como el significado de la vida, el porqué de la muerte y el destino final del mundo físico y psicológico” (Gardner, 1999, p. 60).

Esta definición entiende la inteligencia existencial como una habilidad cognitiva para pensar, formular y reflexionar sobre las cuestiones últimas de la vida, reconociéndose como ser humano dotado de individualidad, conciencia y capacidades propias de la naturaleza humana. Ya desde la propuesta pedagógica y psicológica, Gardner reconoce esta inteligencia desde la existencia, la cual puede variar el término para representar aquellas cuestiones últimas del ser humano. No obstante, estaría íntimamente ligado al concepto de inteligencia espiritual. Valdría la pena mencionar que Gardner señala que la inteligencia existencial puede desarrollarse de manera práctica desde presupuestos educativos: mediante el arte, la literatura, el pensamiento crítico, la espiritualidad y los diálogos existenciales. De hecho, advierte que “una educación que ignore las cuestiones existenciales corre el riesgo de formar individuos competentes, pero sin brújula moral ni sentido de propósito” (Gardner, 1999, p. 65). Desde el ámbito pedagógico amigoniano se generan presupuestos esenciales en la formación integral que busca la pedagogía amigoniana en su comunidad juvenil, la cual también educa en su lineamiento general institucional.

En la actualidad, la espiritualidad y, por ende, la capacidad de desarrollar sentido, propósito y significado vital no se limita a una comprensión teórica. Implica descubrir el sentido de la existencia desde lo eterno, desde los valores fundamentales que modelan la vida cotidiana y las relaciones humanas, en diálogo con la cultura y las experiencias propias de cada persona. La conciencia de las acciones, el perdón, la gratitud y la comprensión del sufrimiento configuran esta dimensión espiritual. En la comunidad juvenil amigoniana el joven participa porque siente libertad y busca dar una identidad humana y espiritual a su vida adolescente puesto que surgen tensiones respecto a su ser y hacer dentro de un contexto determinado, en este caso el educativo.

Tejiendo valores históricos, vale la pena reconocer que Danah Zohar, pionera del concepto ‘*spiritual quotient*’ (SQ) o cociente espiritual, afirma que la inteligencia espiritual es la capacidad que permite afrontar los problemas de sentido y valor, situando la vida en un horizonte amplio y significativo (Zohar & Marshall, 2002). Esta inteligencia constituye el nivel más elevado del desarrollo humano, en cuanto posibilita la integración de mente, cuerpo y espíritu, y orienta la existencia hacia un propósito trascendente y al servicio de los demás. Lograr el punto máximo de esta inteligencia es el ideal de JUVAM, pues se genera un potencial humano y espiritual que permea incluso el contexto educativo. Además de lo

anterior, un alto cociente espiritual permite que el sufrimiento y la incertidumbre adquieran significado y facilita actuar con valores universales. Por ello, el ser humano necesita con urgencia una estructura interior sólida que le permita otorgar significado a los diversos escenarios de su vida y generar nuevas formas de ser y de relacionarse con los otros.

Cindy Wigglesworth, autora del modelo SQ21, define la inteligencia espiritual como la capacidad de comportarse con sabiduría y compasión desde un estado de calma interior, integrando procesos de autoconciencia, autodominio y presencia consciente que se reflejan en las decisiones y comportamientos cotidianos (Wigglesworth, 2012). Aunque las circunstancias externas pueden moldear los hábitos y afectar la vida de las personas, con la inteligencia espiritual ejercitada desde la serenidad y la paz interior, es posible fomentar comportamientos más conscientes y coherentes, necesidades propias de las nuevas generaciones frente a la realidad del mundo actual.

Por otro lado, vale la pena mencionar algunos elementos positivos que los diversos autores sostienen frente al valor mismo de esta inteligencia. Deepak Chopra describe la inteligencia espiritual como un estado de conciencia expandida en el que la persona vive en armonía con la totalidad del universo (Chopra, 2024. *Inteligencia espiritual*). Esta perspectiva propone una conexión integral entre ser humano y cosmos, desplazando la idea de una evolución interna. Para Chopra, la espiritualidad es un camino de autorrealización que se construye mediante prácticas como la meditación, la atención plena y el autoconocimiento. De este modo, “la inteligencia espiritual permite experimentar un nivel de conciencia en el que nos reconocemos como parte de un todo infinito” (Chopra, 2024, cap. X). El reconocimiento de formar parte integral de ese todo requiere un acompañamiento cuidadoso que ayude a discernir un camino auténtico y evite posibles engaños o distorsiones en el proceso de expansión de la conciencia espiritual, tal como señala el propio Chopra.

“La inteligencia espiritual es la capacidad de situar nuestra vida y acciones en un contexto de significado más profundo” (Vaughan, 2002, pp. 19-20). Este enfoque integrativo, que articula la vida con diversas experiencias, genera autoconocimiento, compasión y una visión unificadora de la existencia. No cabe duda de que Vaughan adopta un enfoque humanista y transpersonal que se entrelaza con la espiritualidad personal y con la forma

concreta de experimentar el proceso de autoconocimiento, el cual se cultiva mediante la reflexión, el silencio y la oración.

Conviene aclarar que este entrenamiento espiritual posibilita responder de manera coherente ante dilemas existenciales. “La inteligencia espiritual implica la capacidad de visión y el compromiso con valores que trascienden el interés personal” (Vaughan, 2002, p. 19). Frente a una realidad cultural, tecnológica y social en cambio, es necesario creer en el potencial inherente a cada ser humano, el cual se descubre gracias a la capacidad innata de aprender a vivir en relación con el mundo que lo rodea y del cual forma parte unida a esta relevancia y armonía conceptual. Allí se reconoce la conexión que puede establecerse entre espiritualidad ignaciana como metodología y pedagogía amigoniana como contexto en el cual se genera un diálogo entre las diversas áreas pedagógicas, espirituales y educativas.

Robert Emmons (pp. 61-62) propone comprender la inteligencia espiritual como la capacidad de aplicar recursos espirituales para alcanzar metas importantes y proyectos de vida, basados en el potencial de cada persona. Robert A. Emmons (2000), reconoce que esta capacidad humana permite trascender lo físico y lo material, dando lugar a una conciencia más libre, profunda y abierta al sentido sagrado de la vida. Es importante aclarar que la espiritualidad influye directa y positivamente en el bienestar emocional, psicológico, personal y social, siempre que exista un espacio formativo y de cultivo propiciado por la familia, la escuela o la sociedad. A lo largo de las distintas etapas de la vida, el ser humano enfrenta pérdidas y momentos de dolor. Con una inteligencia espiritual desarrollada, surgen procesos de resiliencia con mayor autonomía frente a la adversidad. Esta capacidad permite adoptar una mirada trascendente ante situaciones difíciles, con un grado más profundo de conciencia, sin negar el dolor o el sufrimiento como parte constitutiva de la vida, sino integrando la dimensión interior de la mente y el espíritu con el mundo exterior.

A partir de estos planteamientos, surgen interrogantes sobre la manera práctica de desarrollar la inteligencia espiritual más allá de la mera devoción, orientándola hacia un estado de conciencia que refleje el valor de lo eterno y lo trascendente. Por ello se enuncian algunos principios básicos de Zohar y Marshall (2000) que potencian esta inteligencia:

- Autoconciencia: Capacidad de reconocer lo que verdaderamente importa en la vida; implica elección, discernimiento y análisis de la propia historia y situación vital.
- Espontaneidad: apertura a vivir el momento presente desde la conciencia plena.

- Vivir conforme a los principios propios: Actuar según los valores y propósitos contruidos paulatinamente.
- Holismo: Comprensión de la profunda relación entre las personas y el mundo, desde una visión de valores con propósito.
- Diversidad, empatía, compasión y humildad: Valores fundamentales de una auténtica espiritualidad (Zohar & Marshall, 1997), que deben ser cultivados en diversos espacios, tiempos y experiencias de vida.

Si bien existen presupuestos y metodologías para el desarrollo de la inteligencia espiritual, cuando este proceso se alinea con una espiritualidad sólida como la propuesta por san Ignacio, y se integra en un contexto amigoniano, se convierte en una oportunidad sólida y practica en el desarrollo de la inteligencia espiritual en la comunidad amigoniana.

2.3 Comunidad juvenil y pedagogía amigoniana

JUVAM es una propuesta de evangelización y liderazgo inspirada en Fray Luis Amigó y Ferrer, cuyo propósito es ofrecer un espacio libre, formativo y carismático para los jóvenes que desean seguir a Jesucristo desde su propia experiencia vital.

La espiritualidad amigoniana se caracteriza por ser integral y humanizadora, en cuanto “vincula a la persona como la unidad de todas sus dimensiones” (Amigonianos, 2023, sección Nuestra pedagogía)). Uno de los principales desafíos del ser humano es lograr la integración armónica de dichas dimensiones y potenciarlas de acuerdo con su contexto. Fray Luis Amigó, desde su misión y vocación como fraile y obispo capuchino, funda sus dos congregaciones de religiosas y religiosos con el fin de acompañar a los jóvenes que, por diversas circunstancias, han tomado decisiones erradas y necesitan ser evangelizados y sostenidos en su proceso de crecimiento. Por ello, los procesos de comunidades juveniles del carisma están centrados en un acompañamiento integral de las dimensiones humana, espiritual y social, mediante los espacios ofrecidos en los encuentros, constituyendo así una comunidad dentro de las instituciones educativas amigonianas.

En la espiritualidad amigoniana se busca acompañar a los jóvenes a partir de un método preventivo y reflexivo, que se anticipa a los problemas mediante el diálogo, la

corrección fraterna y la construcción participativa del conocimiento. En palabras de Monferrer (2002): “Es importante confiar en la fuerza y en la confianza en la persona, y en la capacidad de transformar las dificultades en oportunidades de crecimiento” (p.12). En la actualidad, las nuevas generaciones necesitan desarrollar habilidades para afrontar los conflictos de la vida, apoyándose en el potencial espiritual y humano que se forma en las diversas experiencias, lo que implica creer en la capacidad del joven para superarse, aprender y avanzar desde esta dimensión humana.

La pedagogía amigoniana se funda en un principio esencial centrado en la esperanza y en la posibilidad de recuperación del joven, especialmente cuando ha cometido errores de índole social: “Esperar siempre la recuperación del joven, creer en la bondad natural de toda persona” (Corredor Vargas y Zuluaga Mesa, 2020, p. XX). Si bien es cierto que la espiritualidad amigoniana posee un enfoque humano y misericordioso, también apuesta por el desarrollo de la autonomía de los jóvenes en todas sus dimensiones.

El afecto y la acogida son expresiones propias del acompañante amigoniano, pues el joven necesita sentirse en libertad para expresar su identidad y construirla dentro de un grupo, en este caso, la comunidad juvenil. La reflexión sobre la propia vida se convierte en un eje transversal, promovido mediante un acompañamiento personal y la convicción de que toda persona posee un potencial de cambio y crecimiento. Actualmente, la falta de sentido, exclusión y baja autoestima son realidades que afectan a las nuevas generaciones. Por ello, desde una espiritualidad preventiva y humanizadora, se promueven comunidades que, basadas en la libertad de la persona, ofrecen un camino y una red de apoyo para su experiencia de fe y su desarrollo social.

JUVAM busca fortalecer la identidad y el carisma desde una espiritualidad centrada en la caridad y el servicio a los más necesitados. Fomenta la solidaridad y el apoyo mutuo entre los jóvenes para evangelizar en el contexto educativo. Acompaña el descubrimiento de su vocación cristiana de manera altruista, siguiendo el ejemplo de Fray Luis Amigó y Ferrer. Finalmente, el proceso de acompañamiento se sustenta en una educación integral que promueve habilidades sociales, autonomía, creatividad y madurez, dentro de una pedagogía exigente y, al mismo tiempo, comprensiva.

A partir de la espiritualidad amigoniana surge una pedagogía que desenvuelve las potencialidades de los jóvenes, entre estas, las actividades pedagógicas y proyectos de la

Congregación de Hermanas Terciarias Capuchinas. El acompañamiento desde la empatía, la cercanía y la personalización de cada proceso sin dejar de lado la coherencia y testimonio para otros jóvenes, que son ejes de relevancia en el proceso espiritual de las comunidades. Al respecto, García Tovar (2020) señala:

“el referente antropológico es fundamental en la acción pedagógica amigoniana, pues, ante todo, se dirige a la persona en cada una de sus dimensiones, bajo el reconocimiento de sus limitaciones, pero también de sus potencialidades, es decir, desde el conocimiento de sus realidades y sus situaciones, su contexto y su entorno, su historia y sus particularidades” (Cap. 2: Antropología y acción pedagógica).

Toda espiritualidad cuenta con un sustento humano que da razón de la realidad y del desarrollo de la persona. Por ello, los individuos deben ser capaces de contribuir a la sociedad desde su valor como personas y según las habilidades que adquieren a lo largo de su proceso de crecimiento. “El referente filosófico está enmarcado en el hecho de regenerar ética y estéticamente a las personas en relaciones conflictivas, teniendo en cuenta para su recta interpretación la subjetividad, la historia, el lenguaje, los deseos y el contexto” (García Tovar, 2020, p. 84). Así las cosas, en la pedagogía amigoniana existe un valor primordial orientado a la reivindicación del joven cuando ha cometido infracciones. Esta categoría es propia del proceso de reeducación utilizado en contextos e instituciones con carácter formativo y disciplinar. En el caso de las comunidades juveniles, se busca que el joven tome conciencia de sus errores y de aquellas actitudes que afectan la convivencia fraterna con los demás miembros de la comunidad.

Según lo expuesto, emergen aquí un referente teológico y otro pedagógico. En el primero se manifiestan los pilares amigonianos de la pedagogía, fundamentados en las parábolas de la misericordia y, en particular, en las características de Jesús Buen Pastor, quien asume la responsabilidad de cuidar, amar y proteger a la oveja que se ha extraviado del redil. En el segundo, este se inspira en la escuela social, que emplea estrategias de prevención y solidaridad para formar ciudadanos conscientes y participativos, vinculando a la familia como primer contexto de formación.

La espiritualidad amigoniana, en su práctica pedagógica, promueve una conciencia crítica basada en criterios de autonomía, solidaridad y autoconocimiento. Este proceso se desarrolla de acuerdo con la realidad y el contexto de cada joven, pues existen entornos que favorecen el desarrollo integral, mientras que otros vulneran sus derechos. En estos casos, surgen comunidades preventivas capaces de formar en autonomía y reconocimiento de las propias limitaciones. Según Costa (1995), el acompañamiento educativo con jóvenes en contextos de dificultad se configura como una pedagogía de la presencia, entendida como la presencia permanente y cercana del acompañante en la vida del educando. Es por lo anterior que la familia es referente indispensable dentro del proceso de acompañamiento y desarrollo de los jóvenes. Sin el apoyo familiar pueden surgir dificultades de aislamiento o falta de redes de apoyo; por ello, constituye un elemento esencial en el proceso formativo.

Dentro de los procesos humanos existen factores psicológicos que humanizan la pedagogía. En este sentido, la empatía es un principio rector en la relación con los jóvenes y niños, pues resulta indispensable generar espacios de bienestar y cuidado mutuo. Desde la dimensión comunitaria y social, la comprensión del otro en sus sentimientos, emociones y experiencias permite construir lazos relacionales auténticos, fomentando la confianza y la compasión frente a las realidades de quienes conforman el entorno social. Este principio también se expresa en la Sagrada Escritura como norma moral universal: “Lo que quieras que te hagan a ti, hazlo tú a los demás” (Mt 7,12), y su versión negativa: “No hagas a otro lo que no quisieras que te hicieran a ti” (Tb 4,15). Rogers (1961) sostiene que la empatía permite situar al individuo en el universo conceptual del otro “para comprender lo que piensa, sin interpretarlo ni juzgarlo desde puntos de vista propios, sino colocándose dentro del mundo de ideas y conceptos del otro” (p. 44), evitando prejuicios y promoviendo procesos de escucha activa y consciente.

JUVAM, por tanto, es un proceso que surge desde la libertad y desde una atracción espiritual genuina por hacer parte del proyecto carismático amigoniano. Surge en las instituciones educativas como un espacio para el cultivo de la espiritualidad, el desarrollo de habilidades de liderazgo, la experiencia comunitaria y la vivencia de la fe compartida entre jóvenes que desean fortalecer su relación con Dios y entre sí. A partir de esta premisa emergen desafíos comportamentales y evangélicos para quienes acompañan estos procesos de libertad y de maduración espiritual en la vida de los jóvenes.

El acompañante amigoniano debe reunir un perfil propio de la espiritualidad, fundamentado tanto en las ciencias psicopedagógicas como en la denominada ciencia del corazón. Desde la reflexión teológica, el educador requiere desarrollar esta ciencia del corazón, caracterizada por la sensibilidad, la disposición altruista y la capacidad de realizar correcciones fraternas de acuerdo con el Evangelio de Jesucristo.

La corrección fraterna y los límites establecidos para los jóvenes deben surgir de una actitud amable, exigente y apoyada en una autoridad coherente con la espiritualidad y la vivencia carismática amigoniana. Debe existir un equilibrio saludable entre afecto y autoridad. Fray Luis Amigó afirmaba: “Manténganse y ríjanse siempre con prudencia, que ni por demasiada franqueza y familiaridad vengán a no ser respetados, ni por sobrada gravedad se hagan repulsivos” (Vives Aguilera, 2000, p.24). Este ejercicio exige un cuidado permanente, pues no se puede perder la autoridad, pero tampoco generar miedo o rechazo en los jóvenes. Por ello, se requiere una confianza empática que permita establecer límites sin bloquear los espacios de acompañamiento y escucha.

Dentro de la pedagogía amigoniana existe un ejercicio práctico y riguroso de emulación, considerado un medio eficaz y evangélico para estimular a los niños y promover aprendizajes mediante la vida, las actitudes y las acciones. García Tovar (2015) explica que la pedagogía amigoniana, en su praxis educativa, ha tenido como referente la felicidad y el crecimiento integral del educando. Por este motivo, los elementos esenciales de esta pedagogía se centran en experiencias que trascienden y generan virtudes en la vida. La felicidad se cultiva a través de momentos significativos dentro de las comunidades, generando experiencias sensoriales y trascendentes que contribuyen a la memoria personal.

En la actualidad, el ser humano vive en constante búsqueda de caminos para experimentar felicidad en medio de sus circunstancias vitales. Según García Tovar (2015), el ser humano tiene la necesidad de “saborear la vida, centrarse en el ser” (p.14). Esta premisa abre rutas para encontrar un verdadero sentido de la existencia, especialmente en un contexto posmoderno que ofrece experiencias pasajeras de placer o bienestar. Estas experiencias, siendo efímeras, llevan a las personas a buscar sentimientos duraderos vinculados a un fuerte sentido trascendental del valor de la vida. Frente a esta realidad, los jóvenes requieren acompañamiento para descubrir el sentido de su existencia mediante un crecimiento integral basado en el amor y que forme seres humanos auténticamente felices.

A partir del proceso pedagógico de la emulación y diversas actividades, la felicidad se convierte en un eje del acompañamiento y la formación de niños y jóvenes. Se busca que el sujeto perciba libremente la bondad presente en su vida y experimente sentimientos de satisfacción y plenitud. El reconocimiento de las experiencias vividas está relacionado con el contexto y con el valor del entorno, favoreciendo procesos de pertenencia comunitaria y el desarrollo de habilidades interpersonales y sociales. Así, Vives Aguilera (2000) sostiene:

“Cristo, a quien algunos malintencionados llegaron a calificar de ‘comilón y borracho’, aparece como una persona profundamente vitalista que, sin caer en contraposiciones entre gozar y sufrir, enaltece fundamentalmente, con su testimonio y con su palabra, el desarrollo de aquellos sentimientos que pueden conducir al hombre a la felicidad y a disfrutar y saborear la vida” (p. 85).

Desde este fundamento cristológico, la propuesta formativa y de acompañamiento de la espiritualidad amigoniana encuentra solidez en los principios y actitudes de Jesús de Nazaret. Los pedagogos amigonianos han insistido en la necesidad de generar procesos pedagógicos sólidos sustentados en vínculos maduros que permitan a los jóvenes sentirse seguros en sus realidades. En coherencia con ello, Vives (2000) afirma: “Debemos ser artistas de esa obra suprema de arte que tiene por fin forjar los espíritus, cultivar la estética del sentimiento” (p.193). El vínculo se convierte así en una parte esencial del acompañamiento: la relación con quien educa y desea auténticamente el bien del joven debe manifestarse en su trato, en la didáctica de los encuentros formativos y en las experiencias de integración, crecimiento espiritual y desarrollo humano.

La atención personalizada y el acompañamiento individualizado son elementos indispensables en procesos educativos que buscan la maduración humana, especialmente en contextos de vulnerabilidad (Vives Aguilera, 2009, p. 5). En JUVAM se busca potencializar las habilidades de los jóvenes para asumir servicios de liderazgo escolar, permear el ambiente educativo y vivir con alegría desde principios del carisma amigoniano.

Finalmente, es importante reconocer que Fray Luis Amigó mostró un amor preferencial por los jóvenes con dificultades sociales, desarrollando métodos preventivos y de acompañamiento especialmente orientados a las primeras etapas de la vida, no sin dejar

de lado los jóvenes que se destacan y quieren ser líderes en su contexto escolar. JUVAM tiene una identidad altamente carismática, propia de la Congregación de las Hermanas Terciarias Capuchinas, su objetivo principal es formar líderes cristianos juveniles, sin embargo, junto a ese liderazgo se hace necesario potencializar la inteligencia espiritual, no solo por identidad sino por un proceso formativo sólido que ofrezca a los jóvenes no solo herramientas psicológicas sino una escuela propia para desarrollar la inteligencia espiritual.

3 Conclusión

La integración de la pedagogía amigoniana con los Ejercicios Espirituales (EE 1-20, 32) produce resultados concretos: jóvenes que pasan de la turbación adolescente a decisiones lúcidas mediante la cura personalis y el "sentir y gustar internamente" (EE 2). Este proceso, observado en JUVAM, transforma la comunidad en taller de autoconocimiento, donde el acompañamiento espiritual media la convergencia de afectos interiores y vínculos fraternos, generando identidad amigoniana-ignaciana.

JUVAM constituye un espacio formativo donde convergen procesos espirituales, afectivos y comunitarios orientados a la construcción de sentido en la vida de los jóvenes. En este contexto, la espiritualidad ignaciana ofrece un marco metodológico exigente que favorece la interiorización, el discernimiento y el acompañamiento espiritual. Se revelan aprendizajes clave, donde la espiritualidad ignaciana no es un apéndice teórico, sino sus elementos se convierten en un método vivencial que desarrolla la inteligencia espiritual en los jóvenes la cual puede ser medida por su capacidad de discernir afectos, construir sentido y asumir proyectos vocacionales desde el sentido de vida.

JUVAM se configura como entorno significativo donde se vivencia la espiritualidad ignaciana y donde dicha espiritualidad se convierte en un verdadero taller de desarrollo de la inteligencia espiritual. La dinámica comunitaria característica de la pedagogía amigoniana inspirada en Fray Luis Amigó entra en diálogo con la espiritualidad ignaciana. Esta convergencia posibilita la construcción de una identidad espiritual. Los jóvenes aplican reglas ignacianas para interpretar movimientos del corazón, esta experiencia se descubre desde el acompañamiento espiritual brindado por el acompañante amigoniano.

En la inteligencia espiritual se generan procesos de sentido, significación y orientación, la cual se vive desde la oración diaria no solo en los encuentros de la comunidad sino en la vivencia personal de su compromiso comunitario y la contemplación cristológica, superando incluso sus crisis evolutivas de adolescentes.

El acompañamiento espiritual constituye un elemento fundamental en la mediación de experiencias y narrativas de sentido. Se presenta como un proceso integrador que promueve la reflexión, la confrontación personal y la profundización en la experiencia interior de los jóvenes elementos constitutivos tanto de la espiritualidad ignaciana y la pedagogía amigoniana. Este acompañamiento adquiere un valor esencial en el desarrollo de la inteligencia espiritual, al permitir un discernimiento más lúcido y un crecimiento integral que abarca dimensiones afectivas, comunitarias y espirituales.

La pedagogía Amigoniana unida a la espiritualidad ignaciana generan procesos espirituales prácticos en contextos escolares como el Colegio San Francisco de Asís.

JUVAM demuestra que la espiritualidad ignaciana, aplicada metodológicamente, forja jóvenes capaces de "salvar la proposición del prójimo" (EE 22) y vivir *magis* en lo cotidiano. La investigación concluye que este modelo escalable fortalece la inteligencia espiritual en espacios formativos ofrecidos dentro del contexto educativo.

3 Referencias Bibliográficas

- Amigonianos. (2023). *Nuestra pedagogía*. <https://www.amigonianos.org/nuestra-pedagogia/>
- Biblia de Jerusalén (5.^a ed.). (1998). Desclée de Brouwer.
- Chopra, D. (2024). *Digital dharma: How AI can elevate spiritual intelligence and personal well-being*. Harmony.
- Concilio Vaticano II. (1965). *Gaudium et spes: Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*. Libreria Editrice Vaticana.
- Corredor Vargas, L., & Zuluaga Mesa, D. (2020). Pertinencia y actualidad de la pedagogía amigoniana. *Revista Colombiana de Educación*, 78, 229–252. <https://doi.org/10.17227/rce.num78-7045>
- Costa, A. (1995). *Pedagogía de la presencia: Introducción al trabajo socioeducativo junto a adolescentes en dificultades*. Losada.
- Fleming, D. (2011). *El camino de los Ejercicios espirituales*. Sal Terrae.
- García Tovar, R. (2015). *Identidad pastoral del amigoniano*. Editorial Luis Amigó.
- García Tovar, R. (2020). *Identidad pastoral del amigoniano*. Fondo Editorial Universidad Católica Luis Amigó.
- Gardner, H. (1999). *Intelligence reframed: Multiple intelligences for the 21st century*. Basic Books.
- Giraldo Kurk, D. (2019). *La pedagogía amigoniana, iniciativas para formar sujetos políticos en una cultura de paz* [Tesis de maestría, Universidad Católica Luis Amigó]. Repositorio institucional.
- Ignacio de Loyola. (2013). *Ejercicios espirituales* (Edición crítica). Sal Terrae.
- López Villanueva, M., & Melloni Ribas, J. (2023). *La espiritualidad ignaciana, hoy*. Sal Terrae.
- Martínez, V., Noratto, J., Suárez, G., & Baena, G. (1930). *Metodología en teología*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Monferrer Bayo, R. (2002). Fundamentación filosófica de la pedagogía amigoniana. *Surgam*, 476, 5–23.
- Organización Mundial de la Salud. (2023, mayo 26). *Salud mental del adolescente*. <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/adolescent-mental-health>
- Pérez-Vargas, J., & Nieto-Bravo, J. (2022). La narrativa como método de investigación teológica en una epistemología hermenéutica. *Cuestiones Teológicas*, 49(111), 1–19. <https://doi.org/10.18566/cueteo.v49n111.a02>
- Pérez-Vargas, J., Nieto Bravo, J., & Santamaría-Rodríguez, J. (2019). La hermenéutica y la fenomenología en la investigación en ciencias humanas y sociales. *Civilizar*, 19(37), 21–30. <https://doi.org/10.22518/0120-255020191/2/09>
- Rahner, H. (2001). *La espiritualidad ignaciana*. Mensajero.
- Rahner, K. (1967). *Ejercicios espirituales*. Herder.
- Rahner, K. (1979). *Curso fundamental sobre la fe*. Herder.
- Rahner, K. (2005). *Espiritualidad ignaciana*. Sal Terrae.

Revista Colombiana de Educación. (2017). La pedagogía amigoniana y la intervención educativa. Universidad Pedagógica Nacional.

Torralba Roselló, F. (2010). *Inteligencia espiritual*. Plataforma Editorial.

Vargas, B. (2021). *La espiritualidad ignaciana como herramienta de ayuda en el proceso de resiliencia ante los conflictos humanos personales* [Tesis de grado, Pontificia Universidad Javeriana].

<https://repository.javeriana.edu.co/bitstream/handle/10554/62361/TRABAJO%20DE%20GRADO.pdf>

Vaughan, F. (2002). What is spiritual intelligence? *Journal of Humanistic Psychology*, 42(2), 16–33. <https://doi.org/10.1177/0022167802422002>

Vives Aguilera, J. A. (2000). *Identidad amigoniana en acción*. Fundación Universitaria Luis Amigó.

Vives, J. A. (2002). La pedagogía amigoniana: Un proyecto de liberación integral. *Surgam*, 476, 25–36.

Wigglesworth, C. (2018). *As 21 habilidades da inteligência espiritual*. Editora Pensamento.

Zohar, D., & Marshall, I. (1997). *Inteligencia espiritual: La inteligencia suprema*. Bloomsbury Publishing.